

## CAPÍTULO II

### ARTE Y PREDICACION

La predicación del evangelio cristiano es labor artística. A veces no lo es de hecho; pero debe serlo siempre. Muchas personas creen que la actividad artística no está sujeta al aprendizaje, porque es consecuencia natural del genio. Expresan esta errónea superstición en la socorrida frase: El artista nace. Olvidan aquella otra, más sensata y comedida: El genio es una larga paciencia. Cierzo que el artista nace. También nace el perro y nace el gallo, y nacemos todos. Hay algunas enfermedades que se heredan, como, por ejemplo, la sífilis. Se puede decir que el sifilítico nace sifilítico. También puede adquirirse esa enfermedad. Pero el genio musical no nace genio del arte musical. El genio del arte pictórico, no nace pintor genial en modo alguno. Análogamente, el tuberculoso tampoco nace así. Se nace con la predisposición para la tuberculosis; como puede nacerse con talento, que es una disposición general para adquirir la habilidad para la actividad artística. Ese talento hay que cultivarlo, como se cultiva el talento para hablar, para las matemáticas o para la mecánica.

Afortunadamente, no hemos nacido al comienzo de la historia. Nacemos dentro de la historia; precedidos por una complicada cultura. Y lo nuevo que nosotros aportemos a esa historia no puede ignorar lo que ya se ha hecho, sino por el contrario fundarse en ello. Obe-

deciendo a este razonamiento, sería lógico que nosotros empezáramos el estudio de este arte de hablar por su historia. Primero, ver cómo los grandes predicadores han trabajado y entonces, proceder nosotros imitando los buenos modelos. En el comienzo de la cultura hubo que crearlo todo inicialmente. No vinieron primero los grandes tratadistas de estética, o de retórica, o de filosofía del arte, o los grandes maestros de la técnica. Primero vinieron las humildes contribuciones de los primeros artistas, de los primeros creadores. Primero vino Esquilo, y Sófocles y Eurípides; muchos años después, siglos después, vino Aristóteles a teorizar sobre el arte dramático. De análogo modo, nosotros podemos estudiar hoy la factura de este arte cristiano, porque antes de nosotros predicaron San Pablo, Clemente Alejandrino, Crisóstomo, Bernardo de Claraval, Lutero, Wesley, Moody y Spurgeon. Así como hizo con la música, la pintura, la arquitectura o la escultura, el cristianismo se apropió y transformó la oratoria en arte cristiano de la predicación. Este arte tenía también una larga historia.

Esta clase, sin embargo, no tendrá que empezar por el estudio de estos grandes maestros, porque vuestro profesor lo ha realizado para ustedes, y les dará a ustedes los resultados de su esfuerzo. Sin embargo, esto lo hacemos ahora por economía de tiempo. Luego, cuando ustedes hayan aprendido y hayan practicado estos principios, cuando tengan tiempo para ello, deben estudiar los buenos modelos para ver cómo estos principios se han cumplido en ellos. Esta comprobación servirá para honrar la fidelidad del profesor, y para confirmarlos a ustedes en su saber.

Podemos afirmar que la diferencia entre el artista

y el obrero ordinario consiste en que el obrero ordinario trabaja por necesidad, mientras que la obra artística es hija de la libertad. El panadero está obligado a hacer el pan para alimentarse con él. También hace el bizcocho con formas y adornos de fantasía, pero todos sabemos que un bizcocho de yeso, por artístico que aparezca a la vista, no sería un verdadero bizcocho; porque nadie podría comérselo, y el propósito del bizcocho es un fin útil: llenar una necesidad, la necesidad de la alimentación. El fin ulterior del trabajo no es artístico es siempre un fin útil: llenar una necesidad. La obra artística, por el contrario, no satisface una necesidad física, biológica, utilitaria, sino un lujo espiritual, la necesidad de la pura urgencia creadora, del puro goce estético. La obra artística es pura expresión del espíritu; la obra utilitaria, expresión de una ley misteriosa: "En el sudor de tu frente comerás el pan". El trabajo útil está limitado por el horizonte de la mera existencia temporal; el arte es un modo de trascender esa existencia, y penetrar en la esfera ultratemporal y ultraespacial. El trabajo útil es para la vida que perece: "En el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra". El trabajo artístico es ultramoderno: "El pan que a vida eterna permanece". Marta es el símbolo del trabajo útil; María, de aquella buena parte que jamás es quitada. (*Lucas* 10:38-42). El arte es un modo, aunque incompleto, de expresión religiosa.

La fama, o la ganancia, o cualquier otro propósito utilitario que el artista pueda lograr por medio de su obra, es ajeno a la pura creación artística. Sin embargo, desde el punto de vista del procedimiento, de la técnica, no hay diferencia entre el trabajo y el arte. Tal vez por

eso el significado original de la palabra *ars*, genitivo singular *artis*, es trabajo; de donde el famoso dicho latino: *Ars longa, vita brevis*; (La vida es breve; el trabajo interminable). En líneas generales, podríamos describir la obra artística, y el proceso técnico de todo trabajo, como la objetivación de un propósito, la realización de una idea. El artista, o el artesano, conciben la imagen mental que desean crear. Proceden entonces a reunir los materiales y a transformarlos, adaptándolos al modelo mental. Así dijo el Señor a Moisés: "Y mira y hazlo conforme a su modelo que te ha sido mostrado en el monte". (*Exodo 25:40*). La obra del artista y del artesano es teleológica, es decir, obedece a un propósito consciente. En esto se diferencia de la obra natural. En la naturaleza el único artista es Dios, pero no los seres naturales. Si hemos de buscar la imagen de Dios en el hombre, podríamos comenzar por la investigación de este hecho, que solamente el hombre es creador, además de Dios. Podemos admirar la precisión maravillosa con que las abejas fabrican sus panales, organizan su sociedad, disponen su edificio y tal vez llamemos a eso obra artística. Nos equivocamos. En los primeros días de la creación las abejas, en los apiarios de Adán, hubieran hecho sus panales, hubieran dispuesto su sociedad, y fabricado su miel, de idéntico modo al de hoy. No ha habido cambio. Es cierto que las ardillas recogen en verano las bellotas con que han de alimentarse en el invierno; pero es cierto también que las que han nacido en el invierno, llegado el verano, recogen también bellotas por instinto natural, sin haber tenido jamás experiencia anterior, sin teleología propia, original y creadora. Recogen sus bellotas, las almacenan y las utilizan con la más rigurosa

exactitud, conforme al patrón de las primeras ardillas que existieron en el mundo. ¡Cuán distinto sucede con el sér humano, que no logra jamás hacer dos obras con esa maravillosa exactitud! Ya sabemos cómo los coleccionistas de arte buscan con ansiedad, y pagan lujosamente, los originales; porque las copias, aun hechas por el mismo artista, nunca son exactamente iguales al original.

Toda obra de arte consta de los siguientes aspectos: (1) La idea o patrón mental; (2) los materiales artísticos; (3) la técnica artística, el modo de trabajar, y (4) la forma o producto final de la obra de arte. A esta forma realizada y concreta es a lo que ordinariamente se llama obra de arte. Lo cierto es que la obra de arte se inicia con la concepción espiritual y se completa con la realización concreta de la forma objetiva. Tal vez deba añadirse un quinto aspecto: evocar en el espectador un placer estético análogo al del creador.

El sermón es más que una obra de arte. Fijaos bien que he dicho más y no menos. Es en este punto, expresado por el sencillo adverbio de cantidad positiva, donde puede ocurrir la tragedia. Son muchos los ministros y pastores que, amparándose en la creencia de que su obra no es obra de arte, sino obra de Dios, no la hacen *más* que obra de arte, sino *menos*. Ciertamente, el sermón es más que arte, pero nunca puede ser menos que arte. Si es menos que arte, ni será arte ni sermón, a lo sumo ha de ser una chapucería, indigna de ofrecerla en nombre de Dios. Gran parte de nuestros sermones resultan, a causa de esta falla, lamentables chapucerías. Estudiemos y pidamos a Dios talento, para que nuestra predicación sea

verdadera Palabra de Dios, lo cual quiere decir, por lo menos *arte plus*.

¿Por qué es la predicación *arte plus*? Primero por obedecer a un propósito, como toda labor humana; y a un propósito consciente de creación espiritual, como todo arte. Pero a diferencia de todo arte, el propósito no es humano, sino de Dios. No predicamos por gusto; predicamos por orden de Dios, por vocación. "Me es impuesta necesidad; y ¡ay de mí, si no predicare el Evangelio!", exclama Pablo. (*I Corintios 9:16*). Ni tampoco nos predicamos a nosotros mismos, sino lo que Dios ordena: A Jesucristo y el misterio de su crucifixión. (*I Corintios 1:2*). Si tuviésemos en cuenta la grandeza y la profundidad del propósito, ciertamente seríamos más circunspectos, más respetuosos en el cumplimiento de nuestra vocación evangélica. Desgraciadamente, estas palabras apostólicas han venido a ser la pantalla tras la cual predicadores poco escrupulosos piensan esconder el pecado de su indolencia.

En segundo lugar, la predicación del evangelio es más que arte porque no termina con la realización de la pura forma. La vocación de un predicador no es para hacer sermones, es para hacer cristianos. Un sermón puede llenar todos los requisitos de la obra artística, pero si no lleva el fruto cristiano, es simplemente una obra de arte. Y como toda obra de arte, inútil y estéril para cualquier propósito ulterior.

En tercer lugar, el propósito ulterior a la forma artística en el sermón, no puede ser realizable jamás por el predicador. Uno planta, otro riega; pero es Dios el que da el crecimiento. (*I Corintios 3:6*). Desconfiad, mis queridos alumnos, de cualquier ministro que os di-

ga: Con este sermón, convertí tantas personas. No es el sermón, sino la bendición de Dios que se añade a la palabra, lo que hace al cristiano. ¿Y qué quiere decir la bendición de Dios sobre su Palabra? Quiere decir que la Palabra de Dios ha llegado al espíritu, a través de la palabra del hombre, para salvación del que escucha. La fe viene por el oír, pero no por el oír de la palabra del hombre, sino por el oír de la Palabra de Dios. (*Romanos* 10:17). El artista, para lograr su forma, ha de trabajar y afanarse consecuentemente; el ministro no puede hacer menos, pero puede hacer más, y debe hacer más. El ministro no puede hacer menos; pero su obra de arte está sujeta a la bendición de Dios, para que a través de su palabra artística, profunda y elaborada, pueda transparentarse la Palabra de Dios, el puro poder transformador. Y es ésta la que trae salvación.

¿Qué significa salvación? ¿De qué peligro somos salvados? No puede ser salvación de otra cosa que de la maldición del pecado. El plus del sermón cobra significado entre la salvación que viene de Dios y el pecado que obra en el hombre. No puede conocerse ni el uno ni el otro sino por la revelación de Dios.

La *Oda* de fray Luis de León, a Francisco Salinas, es un ejemplo en que un teólogo artista ha logrado expresar poéticamente la idea de la relación entre la música pura y los tres grados de la experiencia religiosa: purificación de pecado, iluminación en la verdad y unión mística de la vida humana con la vida de Dios.

*Aquí el alma navega  
por un mar de dulzura, y finalmente*

*en él así se anega,  
que ningún accidente  
extraño o peregrino oye o siente.*

La teología es la ciencia del predicador, como la estética es la ciencia del artista. La teología es cosa de razón; la estética también es cosa de razón. Un artista en posesión de una estética hará grandes obras; un hombre de Dios fundado sobre una sólida teología, también podrá llegar a hacer grandes obras. La teología no puede ser otra cosa que la experiencia de una revelación expresada en palabras humanas: el acoplamiento de la Palabra de Dios y la palabra del hombre. La estética no puede ser otra cosa que la experiencia del goce y la labor artística expresada en los esquemas estilizados de la razón. Pero ninguna estética, por razonable y abstracta que ésta sea, podrá convertir a un mentecato en un Miguel Angel. Análogamente ninguna teología, por profunda y bien expresada, podrá convertir a un idiota en un Apóstol Pablo. El Apóstol dice: "Ahora vemos por espejo". (*I Corintios* 13:12). Lo que vemos como por espejo es la imagen de la verdad de Dios. Ejercer para con otros esa gracia que Dios nos ha dispensado requiere, además, talento artístico, vocación de predicador y esfuerzo continuado.